

ANTONIO ORTEGA SANTOS (ed.)



# SEMBRAMOS, COMEMOS Y VIVIMOS

Saberes agroecológicos  
desde los sures

ECORAMA



c o l e c c i ó n  
E C O R A M A

22

*Director*

JOSÉ LUIS SOLANA



UNIÓN EUROPEA

Fondo Europeo de Desarrollo Regional  
"Una manera de hacer Europa"



Andalucía  
se mueve con Europa



Junta de Andalucía  
Consejería de Transformación Económica,  
Industria, Conocimiento y Universidades



Proyecto Sistemas Agroalimentarios y Pesqueros en Andalucía y México.  
Experiencias de Desarrollo Comunitario ante el siglo XX. (AGROSEA)

**B-HUM-074-UGR18**

© Los autores

Editorial Comares, 2022

Polígono Juncaril

C/ Baza, parcela 208

18220 Albolote (Granada)

Tlf.: 958 465 382

<https://www.comares.com> • E-mail: [libreriacomares@comares.com](mailto:libreriacomares@comares.com)  
<https://www.facebook.com/Comares> • <https://twitter.com/comareseditor>  
<https://www.instagram.com/editorialcomares>

ISBN: 978-84-1369-460-3 • Depósito legal: Gr. 1933/2022

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: COMARES

3.	Alimentación, un derecho humano básico que se vive y siembra en el cafetal agroecológico . . . . .	73
4.	Protección de los bienes naturales, acuerdos de acceso e identidad cafetalera . . . . .	74
5.	Paz y bienestar social . . . . .	77
6.	Reorganización solidaria del comercio de alimentos . . . . .	78
7.	Cosmovisión cafetalera feminista . . . . .	79
IV.	PARA SENTIPENSAR OTRA RACIONALIDAD . . . . .	82
V.	BIBLIOGRAFIA . . . . .	83

## CAPÍTULO 5

*Experiencias agroecológicas en el estado de Jalisco,  
occidente de México: avanzando hacia las agriculturas sustentables*

*Peter R.W. Gerritsen y Jaime Morales Hernández*

I.	INTRODUCCIÓN. . . . .	87
II.	LOS SISTEMAS AGROALIMENTARIOS EN MÉXICO. . . . .	89
1.	Los sistemas agroalimentarios en Jalisco . . . . .	90
2.	Las agriculturas sustentables en Jalisco: una breve historia . . . . .	93
3.	La transición agroecológica en Jalisco: comentarios finales. . . . .	96
III.	BIBLIOGRAFÍA . . . . .	98

## CAPÍTULO 6

*Espacios y Saberes agrícolas en el Norte de México. El caso de Coahuila*

*Miguel Ángel Sorroche Cuerva*

I.	INTRODUCCIÓN. . . . .	101
II.	LA TRASLACIÓN DE LA EXPERIENCIA MEDIEVAL . . . . .	102
III.	LOS CAMBIOS EN LA REALIDAD AMERICANA . . . . .	104
IV.	LA EXPANSIÓN HACIA EL NORTE . . . . .	105
V.	LA PUESTA EN EXPLOTACIÓN DE LOS TERRITORIOS Y LOS PROCESOS DE ADAPTACIÓN TECNOLÓGICA. . . . .	108
VI.	EL CASO DE COAHUILA. . . . .	110
VII.	CONCLUSIONES . . . . .	114
VIII.	BIBLIOGRAFÍA . . . . .	114

## CAPÍTULO 7

*Procesos y espacios en la coproducción de políticas públicas alimentarias municipales:  
el caso de Córdoba (Andalucía)*

*Isabel Vara-Sánchez y David Gallar Hernández*

I.	INTRODUCCIÓN. . . . .	117
II.	PROCESOS Y ESPACIOS EN LA COPRODUCCIÓN DE POLÍTICAS PÚBLICAS ALIMENTARIAS EN CÓRDOBA. . . . .	119
III.	LAS BASES DE LA MESA DE COORDINACIÓN DE PACTO DE MILÁN (MCPM): ACTORES IMPLICADOS Y PREDISPUUESTOS . . . . .	121
1.	Lenguajes y códigos en común. . . . .	123
2.	Relaciones de poder y conflicto . . . . .	124
3.	Confianza, espacios informales y trabajo en común . . . . .	126
4.	Impactos y limitantes . . . . .	128
IV.	CONCLUSIONES . . . . .	130
V.	BIBLIOGRAFÍA . . . . .	130

## CAPÍTULO 6

# ESPACIOS Y SABERES AGRÍCOLAS EN EL NORTE DE MÉXICO. EL CASO DE COAHUILA

Miguel Ángel Sorroche Cuerva  
*Universidad de Granada*

### I. INTRODUCCIÓN

La llegada europea a América inició un proceso de intercambio cultural en el que intervinieron tradiciones de diversa índole. A las prehispánicas existentes, se debían sumar las llevadas por los europeos, que bebían también de una larga tradición medieval que se había fraguado en la península ibérica a lo largo de los siglos, conformada a partir de la aportación de la herencia romana y andalusí, entre otros, a ámbitos como la agricultura, ganadería o la hidráulica.

En un proceso continuo, las distintas fases por las que pasó el trasiego cultural de Europa a América y viceversa, conoció períodos de transición/aclimatación que dieron protagonismo a los contextos insulares como las islas Canarias o el Caribe, generando un proceso de selección en el sentido este-oeste, que permitiría su definitiva inserción en las tierras continentales americanas a partir del primer cuarto del siglo XVI, entre otros en los ámbitos anteriormente señalados agroganaderos y de gestión del agua.

Una vez ocupada la capital mexicana, México-Tenochtitlan y los valles centrales del Anáhuac, la dinámica histórica de expansión hacia el norte novohispano desde 1540, contó con un importante número de miembros de poblaciones indígenas que participaron como aliadas de los españoles, siendo piezas fundamentales del proceso de aculturación llevado a cabo con otros grupos con los que se iban encontrando. Tarascos, otomíes, mexicas o tlaxcaltecas entre otros, aportaron su experiencia para controlar a unas poblaciones nómadas que diferían de ellas en aspectos culturales como el sedentarismo, arquitectura monumental y una complejidad social derivada de las estructuras políticas, económicas o culturales, necesaria para practicar actividades como la agricultura.

Ya en 1560, el establecimiento del presidio de San Miguel de los Chichimecas, hoy san Miguel de Allende, contó con la participación de campesinos tarascos, otomíes, guamares y tlaxcaltecas. En el norte, hacia 1560, la fundación de Nombre de

Dios en la Nueva Vizcaya, contó con campesinos mexicas, tarascos y tlaxcaltecas. También en 1560 aparece Santa María del Río en San Luis Potosí con campesinos otomíes. Es en esta dinámica donde el contexto del Camino Real, como vía de comunicación, defensa e intercambio, sirvió en sus dos ramales, el de Tierra Adentro y el de Tierra Fuera o de los Texas, como escenario para unas primeras fundaciones en las que los indígenas actuaron como soldados, religiosos y labradores.

La elección de Coahuila para analizar esta dinámica no es gratuita. Los territorios que hoy conforman este estado de la república mexicana vieron desarrollar el proceso de expansión del conocido como Camino Real de los Texas a partir del ramal, que desde Zacatecas partía hacia el noreste. Además, fue el contexto que permitió el acceso a estos territorios de uno de los grupos más interesantes de los que acompañaban a los españoles, los tlaxcaltecas. Éstos, sin duda, representan mejor que ningún otro el papel que jugaron unos «aliados» indispensables para llevar a cabo con éxito la ocupación de los territorios a los que se iba llegando, y con ello la traslación entre otros, de los sistemas de organización social y explotación territorial mesoamericanos que se empleaban en Tlaxcala, a contextos diversos en los que se adaptaron y ajustaron a nuevas ambientaciones, produciéndose un proceso de selección y aclimatación, que fue clave de su éxito.

Junto a lo anterior, Coahuila nos permite analizar una dinámica de mayor envergadura en la que la Corona española se embarcó, y que fue la de la articulación de los espacios septentrionales de Nueva España. En ese sentido, poder comparar el proceso con lo que ocurría en paralelo en frentes como el occidental del Pacífico para fechas como el siglo XVIII, permitirá entender la importancia del establecimiento de un poblamiento a partir del control del agua y puesta en explotación del espacio, que hunde sus raíces en las tradiciones prehispánicas y europeas apuntadas.

## II. LA TRASLACIÓN DE LA EXPERIENCIA MEDIEVAL

Desde la historiografía especializada se ha puesto la atención en las consecuencias del momento histórico en el que se produce la llegada a América, sobre todo desde ámbitos económicos, en tanto que proceso que supuso la traslación de las dinámicas existentes en Europa y que se constata en niveles como el de la administración que se implementó en los nuevos territorios y que copiaba a la castellana, siendo testimonio de ello figuras institucionales como las Audiencias, Cabildos o Caminos Reales entre otros (Pérez, 2001: 33-60). Un final de la Edad Media, cuando económicamente se está fraguando en Europa el inicio de un incipiente capitalismo que se traslada a las nuevas tierras. Así, la llegada a los nuevos territorios implicó sin duda un proceso de asimilación que era inherente a la dinámica de ocupación y en donde técnicas de producción como la agricultura permitieron a partir de estructuras como la encomienda, generar procesos de acumulación, concentración y centralización de capital, indispensables para entender la vertiente privada del

proceso, además de la real y la eclesiástica. A ello se ha de sumar la integración de los esquemas prehispánicos que se produjo, como medio para garantizar en muchos casos la continuidad de los sistemas existentes permitiendo de esta manera mantener esquemas organizativos y tributarios que garantizaran por ejemplo, los indispensables procesos de recaudación.

En este contexto, los sistemas productivos y entre ellos la agricultura, fueron también un ámbito en el que se produjo una traslación de experiencias medievales que se integraron con las prehispánicas existentes, dándose de esta forma una implementación similar a la que siglos antes se había dado en la península ibérica con la llegada y aclimatación de especies exógenas al contexto mediterráneo y que provenientes de Asia fueron introducidas por los musulmanes a partir del siglo IX (Watson, 1998).

Dicha incorporación de tradiciones, hasta los años 70 del siglo XVI se exportaron productos agrícolas a América desde la Península para satisfacer la demanda de la población de origen europeo (Pérez Herrero, 1996: 347), se convertía en factor necesario y evidenciaba las dinámicas que se habían puesto en marcha de intercambio y generación de nuevas realidades que en nada tenían que ver con las precedentes, y donde se fundían experiencias milenarias con unos procesos de enriquecimiento que marcaban el comienzo de una globalización en la que estamos inmersos (Serrera, 2009). Este proceso garantizaba el éxito de una producción que generaría beneficios destinados al pago del impuesto real y producir excedentes que compensaran a los protagonistas de esta epopeya.

La mención expresa desde los primeros tiempos de la presencia en las islas del Caribe, de la necesidad de llevar agricultores y trasladar el cultivo de especies tradicionales europeas a las nuevas tierras ocupadas, manifiesta esa doble intencionalidad reseñada (Gómez, 1988). Si tenemos en cuenta que la dieta prehispánica era rica en productos agrícolas, la obsesión por iniciar su cultivo solo se explica por fines económicos, y contra los que se posicionó la misma Corona que intentó proteger las explotaciones peninsulares ante las nuevas, con el objetivo de controlar unos precios que se verían modificados por esta nueva dinámica. En ese sentido el caso de la seda puede ser representativo de ello, al punto que llevó en el último cuarto del siglo XVI a la desaparición de la producción de moreras en Nueva España para evitar su competencia con la seda granadina (Salvucci, 1992).

Junto a ello no podemos olvidar que también hubo desde un primer momento una falta de adaptación de los europeos a los nuevos sabores a los que se enfrentaban, lo que convirtió también en una necesidad la cosecha de especies europeas, más acordes con las costumbres de los recién llegados, y que como se ha indicado, mantuvo la llegada de especies agrícolas desde la península hasta el último cuarto del siglo XVI.

### III. LOS CAMBIOS EN LA REALIDAD AMERICANA

Como es señalado por algunos autores, las sociedades mesoamericanas alcanzaron un equilibrio en la relación con la naturaleza a tal punto que la construcción del paisaje que realizaron, lo hicieron aprovechando el medio físico que tenían a su alcance. Su perfecta asimilación al medio hizo que la respuesta fuera distinta en función de las características medioambientales, consecuencia de la vasta extensión del territorio y diversidad, sustentando dicha adaptación entre otros aspectos, en una agricultura que les permitió modelar esa interacción. La misma preeminencia de contextos urbanos en unas regiones y del nomadismo en otras, son ejemplo de esa capacidad de asimilación (Martín, 2021).

Esas interacciones se vieron alteradas a la llegada europea. La intromisión que supuso el contacto con los recién llegados debe ser entendida como germen de una realidad poliédrica, y así la entrada de plantas y animales que impulsaron la modificación de los ecosistemas existentes, generó una realidad injertada que como en otras dimensiones dio lugar a un mestizaje enriquecedor. Para el caso que nos interesa, agricultura, manejo del agua, ganadería e incluso la misma estructuración de las vías de tránsito que debieron adaptarse a los nuevos medios de desplazamiento entre las distintas regiones, son las caras de una realidad multifacética pero imbricada que se vio alterada.

La complejidad de los procesos que se activaron tuvo como escenario esa naturaleza donde los asuntos políticos, económicos, religiosos y sociales de las sociedades prehispanicas tenían su ámbito de desarrollo. Cambios que no olvidemos, también afectaron a la organización del trabajo, la tenencia de la tierra, la organización político-territorial y la articulación de los mercados existentes. Una alteración de enorme trascendencia que actuó sobre la misma disposición de los componentes que integraban esa realidad afectando a los elementos del paisaje con el que se toparon los europeos, en algunos casos ya de por sí altamente alterado como el generado por la densa concentración poblacional que se daba en el caso del Valle de México, y que conllevaba una potente connotación cultural.

En los ámbitos más rurales, los sistemas de chinampa o de roza, tumba y quema indudablemente hablan de los factores que influían en el cultivo de las plantas. El huerto solar (Martínez Saldaña) era otra de las soluciones que se encontraron los europeos y que permitía en un uso intensivo se la tierra gracias a los desperdicios domésticos. En conjunto, antagónicos en cuanto a la comprensión de la relación con la tierra y representativos de distintos modelos de organización social, ello suponía también una distinta relación con un manejo el agua, que adquirió distintas fórmulas. El empleo del riego y la diversidad técnica de la captación de agua de lluvia y de retención de la humedad del subsuelo, aprovechamiento hídrico, como obras para uso doméstico, canales, zanjias, jagüeyes, cisternas, acueductos, pozos verticales, obras de irrigación, etc., son representativas de ello (Martínez Saldaña).

La llegada europea implicó también una serie de cambios en los modos de vida indígenas que conocieron incluso una diferente relación según hubiera sido el vínculo

con los recién llegados. En efecto, la utilización de aquellos grupos que fueron más propensos a sumarse a la causa europea, como avanzadilla de las dinámicas de expansión, implicó su papel destacado en la misma. La figura de los ya mencionados tlaxcaltecas, los erigió en protagonistas de unos procesos de difusión entre los que se encontraban las metodologías de empleo del uso del agua y puesta en explotación de la tierra. En ese sentido la presencia europea afectó a los modos de relación entre los miembros de las comunidades, que vieron como el componente comunitario en las prácticas laborales desaparecía, además de iniciarse una deslocalización de los recién llegados a lugares que les eran ajenos desde el punto de vista de las relaciones y tradiciones existentes, lo que llevó a conflictos.

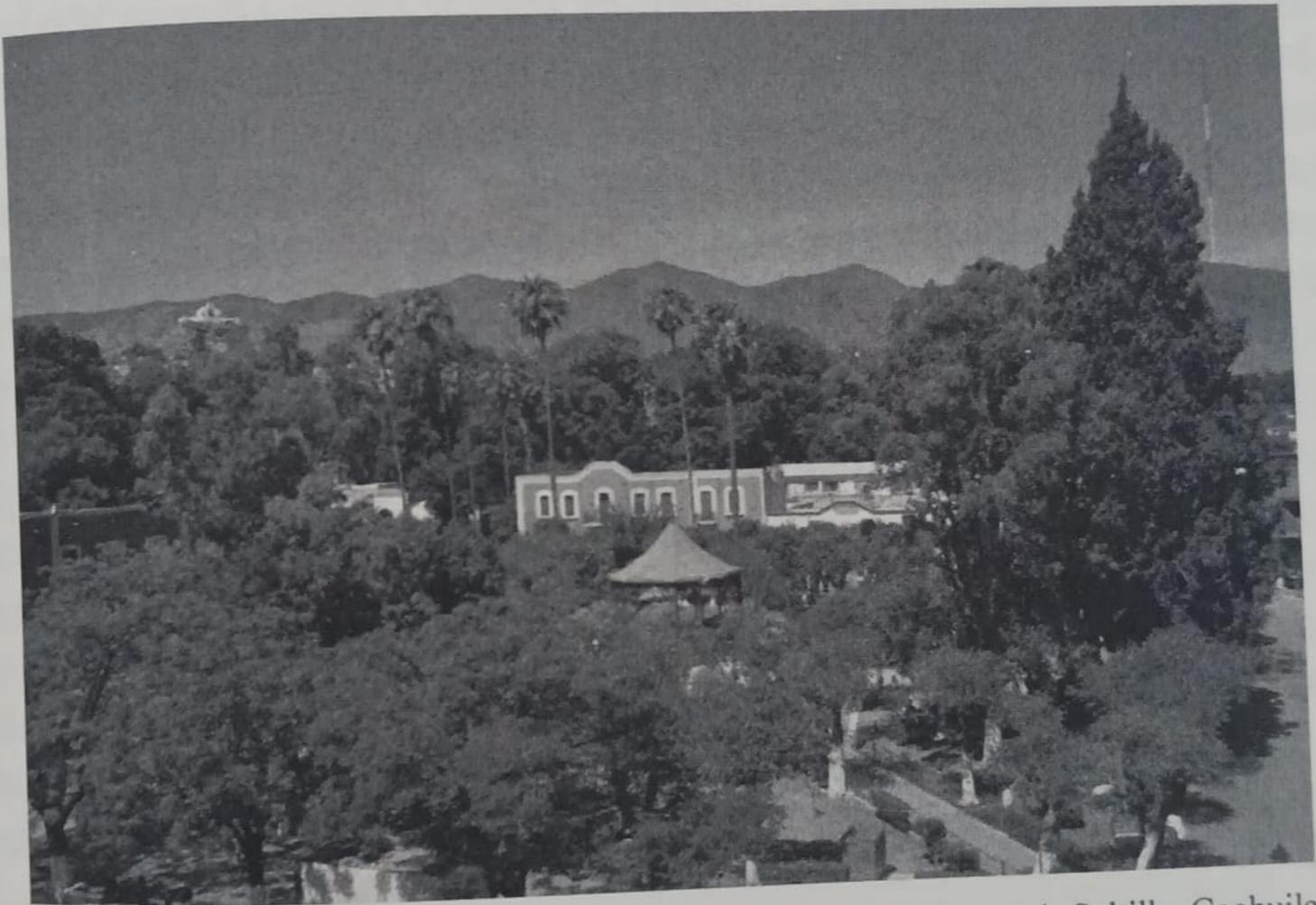


Imagen 1. Parras de la Fuente. Asentamiento fundado con familias tlaxcaltecas de Saltillo. Coahuila. México.

#### IV. LA EXPANSIÓN HACIA EL NORTE

La distinta realidad a la que se enfrentaron los recién llegados, pronto se pondría de manifiesto cuando se inició la expansión hacia el norte a partir de la década de los cuarenta del siglo XVI. El descubrimiento de las minas de plata de Zacatecas por Juan de Tolosa, devino en un giro de la política desarrollada en Nueva España, que obligó a reorganizar las intenciones iniciales para centrar la atención hacia los nuevos territorios que se habrían hacia ese gran norte (Jiménez, 2006). La realidad urbana del entorno del lago de México, donde la densidad del poblamiento era el resultado de una ocupación del espacio milenaria, en el caso del norte se volvía dispersa y tremendamente móvil por las características de unos grupos que habitaban un territorio semi-desértico cuyos recursos eran escasos como para permitir la estabilidad en un lugar

concreto (Solano, 1990). Ello obligó a articular el espacio en torno a unos canales de tránsito que permitieran garantizar el flujo de gentes y productos desde el norte al sur.

Se podría señalar que los inicios de la ocupación del norte hay que ponerlos en relación con las primeras expediciones, como el viaje de Cabeza de Vaca, las utopías de Fray Marcos de Niza y las conquistas de Coronado con anterioridad a la citada década de los años 40 del siglo XVI y a lo largo de la misma (Rodríguez, 2011: 28-29). Iniciativas con objetivos diversos, económicos, políticos y religiosos, que buscaban explorar espacios incógnitos y asentar poblaciones de una forma estable. A esos intentos iniciales se sumarían posteriormente los de Luis de Carvajal en el nuevo reino de León, las entradas por el oriente y la penetración minera vascongada por Zacatecas, Sombrerete y Durango, a la postre la más importante (Martínez Saldaña, 2009). Esta centuria se cerraría en 1598 con la llegada de Juan de Oñate a Nuevo México.

Una ocupación del espacio que no fue ni muchos menos gratuita. Los enfrentamientos por controlar a los grupos indígenas del septentrión, llevó a dos conflictos, la Guerra del Mixtón y la Guerra Chichimeca. En cuanto a la del Mixtón, el conflicto provocado por la exaltación generada por los hechiceros zacatecanos, generó una revuelta en el territorio cazcán, al norte de Guadalajara, entre 1541 y 1542. Muchos de los prisioneros indígenas capturados tras la derrota consiguieron regresar a la gran Chichimeca, conformando el germen del siguiente conflicto.

Por lo que se refiere a la Guerra Chichimeca entre 1550 y 1590, fueron cuarenta años en los que se desarrolló un conflicto tras un inestable equilibrio entre lo sucedido en los valles centrales y lo que habría de ocurrir en el norte (Powell, 1977). Si para el primero de los espacios se había generado una dinámica dual de rupturas con el mundo prehispánico en lo religioso, pero continuidades en el sistema colonial de dominación que se basó en la pervivencia de las organizaciones políticas básicas y los sistemas tributarios y de organización territorial (altépetl, linajes nobles, sistemas de trabajo, flujos de personas, mercancías y excedentes, linderos de tierras, agricultura, cultos locales, valores culturales); la situación era distinta para el segundo de ellos. En el norte la continuidad se consiguió en parte por la presencia de misiones que supieron insertarse en las estructuras existentes después del fallido intento militar por controlar estas tierras, pero la realidad es que no hubo un encadenamiento con lo anterior y la población prácticamente desapareció por procesos de exterminio de distinta índole.

Los grupos se caracterizaban por ser tribales de distintas lenguas, que no practicaban la agricultura, y vivían en la mayor simplicidad cultural. La ausencia de intereses políticos por falta de una estructura sólida indígena que por ejemplo permitiera un cobro de tributos a partir de excedentes mineros, agrícolas o ganaderos, dio paso al señalado protagonismo de lo militar. El mencionado descubrimiento de las minas zacatecanas en 1546, atrajo a españoles y mestizos que distribuyeron su presencia articulando el territorio a partir de caminos por los que transitó la ganadería y la agricultura además de personas y las cargas de mineral extraído y ello no era

compatible con la movilidad de los cazadores chichimecas. Los ataques sorpresivos a viajeros y mercancías se extendieron y la crueldad con la que actuaban los españoles llegó a manifestarse en la misma expansión de la esclavitud (Valdés, 2017).

La necesidad de canalizar los movimientos de grupos humanos y mercancías no nos debe hacer olvidar la articulación que generó la aparición de una ruta que permitió canalizar el movimiento de gentes a través de lo que se convertiría en el Camino Real de Tierra Fuera o de Texas, armazón sobre el que se sostuvo la defensa de este territorio, justificada por la presencia de franceses e ingleses y que ponía en peligro el control español en la región (Rodríguez y Sorroche, 2006).

En estos recorridos el agua y la explotación del territorio que permitiera la estabilización de la población, se convierten en piezas fundamentales. Los ramales que parten desde Zacatecas, hacía de esta ciudad el punto de partida de dos itinerarios, el del Tierra Adentro hasta Santa Fe de Nuevo México y el de Tierra Afuera hasta San Antonio en Texas, y como indica Tomás Martínez Saldaña: «...el Camino Real de los Texas no tuvo la dinámica comercial que tuvo el camino de Zacatecas; apenas sirvió para la colonización y la pacificación del noreste novohispano así como para la defensa de la Nueva España y para la protección de la economía de la plata que llegó a conformar el capitalismo mercantil europeo» (Martínez Saldaña, 2009a:81).

Es por ello que el elemento común a todo el territorio norteño que se extiende a partir de Durango, San Luis Potosí, Querétaro y Zacatecas, el desierto, haga que los puntos de agua se conviertan en elementales para entender el desplazamiento y distribución de los grupos, lo que convirtió a los oasis o las corrientes estables como el Río Grande o Bravo, en piezas claves para entender la estructuración de este territorio.

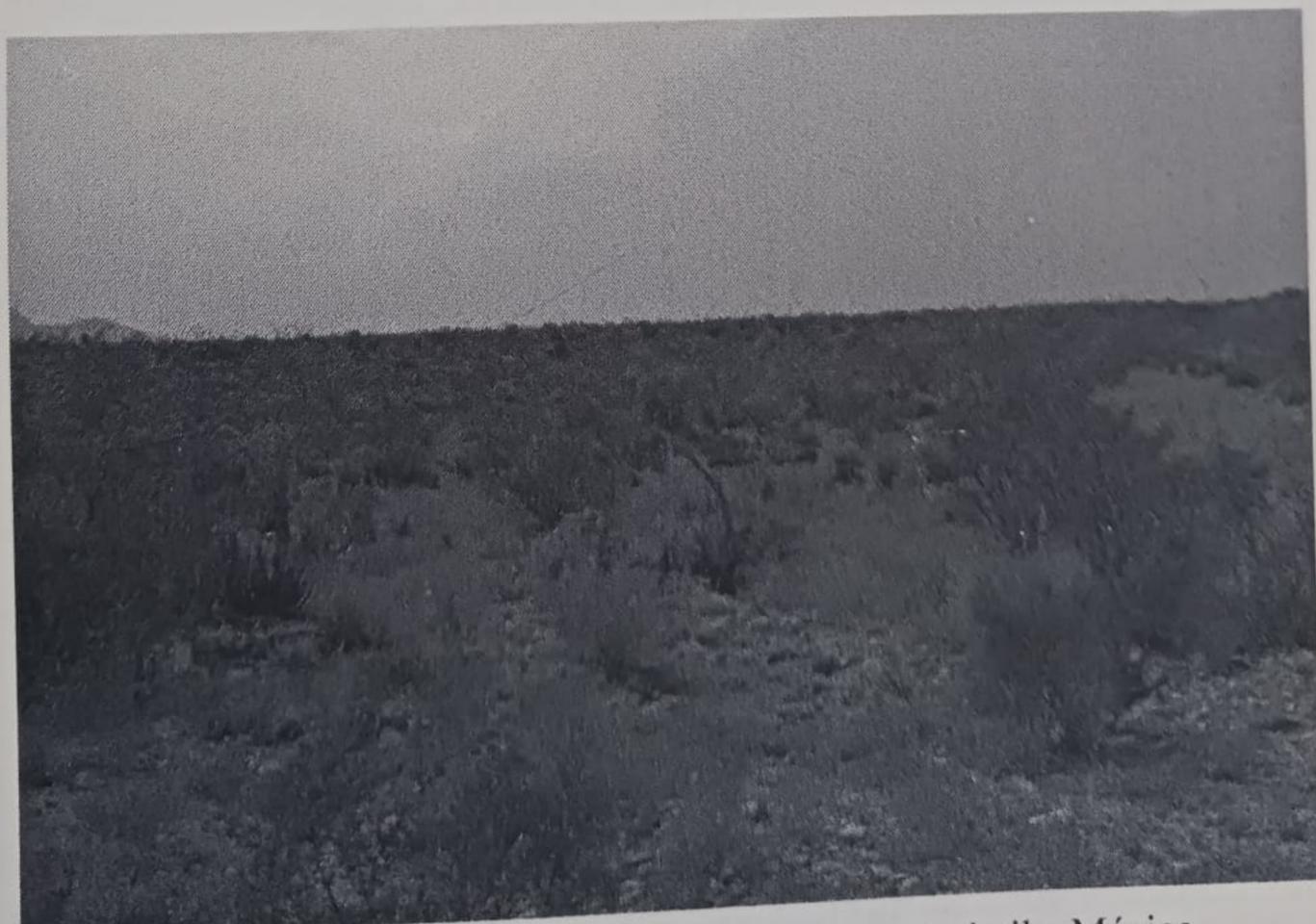


Imagen 2. Desierto coahuilense cerca de la hacienda de Anheló. Coahuila. México.

No obstante, del conjunto de «naciones» que encontraron, no todas eran cazadoras-recolectoras, sino que practicaban una incipiente agricultura en la que el manejo del agua era un elemento básico como en el caso de los Hohokam. Grupos chichimecas en conjunto que se adaptaban al espacio y que lo sabían aprovechar en sus mínimas posibilidades. Ahora bien, la tradición de gestión del agua existente en la actualidad hay que ponerla en relación con la herencia de los grupos que ocuparon estos espacios a partir del siglo XVI y en los que convivieron componentes prehispánicos como europeos. A ellos hay que sumar las aportaciones que en el siglo XVIII se hicieron con la llegada de grupos provenientes de contextos peninsulares como las islas canarias y que fueron empleados para poblar lugares como San Antonio en Texas y que desde Saltillo utilizaban la vía del Camio Real para deslazarse de una manera continua desde la segunda mitad del siglo XVII (Alessio, 1978; Gómez, 1988).

#### V. LA PUESTA EN EXPLOTACIÓN DE LOS TERRITORIOS Y LOS PROCESOS DE ADAPTACIÓN TECNOLÓGICA

Regresando al contexto nororiental, como señala Tomás Martínez Saldaña (2009b: 55), el norte novohispano ofrece una variedad de tipologías de explotación agrícola a partir del uso y gestión del agua que hunde sus raíces en las tradiciones de la etapa virreinal, que a su vez lo eran de la simbiosis entre los prehispánico y lo europeo, entre las que destacaban las tlaxcaltecas.



**Imagen 3.** Acequia en la localidad de Parras de la Fuente. Coahuila. México

Los tlaxcaltecas acompañaban a los colonizadores como apoyo, ayudando a integrar a las comunidades indígenas que encontraban a lo largo de sus recorridos. Esta relación dio como resultado la fundación de poblaciones como San Miguel de

Mezquitic, San Sebastián de Agua de Venado, San Jerónimo de Agua Hedionda, San Estaban de la Nueva Tlaxcala, San Miguel de Colotlán y San Andrés Chalchihuites entre otros pueblos de indios.

Es de destacar, como señala el mismo autor, la existencia de evidencias arqueológicas y etnográficas de la presencia de tecnología prehispánica en el norte de México en localidades como Parras de la Fuente, antigua Santa María de las Parras o Bustamante en Nuevo León (Martínez Saldaña, 2009a: 345-347 y Martínez Saldaña, 2009b: 55). En el caso de la primera, se identifica en la presencia de presas, cajas de agua y canales de riego que datan del siglo XVII, como herederas de las prácticas prehispánicas; y en el caso de la segunda por el funcionamiento aún de los sistemas hidráulicos del siglo XVIII, aunque son sin duda las evidencias simbólicas las más llamativas. Posiblemente Bustamante, ejemplifique de una forma destacada la existencia de los elementos que conforman el altépetl o señorío, una montaña sagrada, una cueva o gruta y agua, los tres componentes fundamentales para entender los procesos de territorialización de los grupos indígenas (Fernández y García, 2006; Broda, 2009). Son en cualquier caso algunos de los pocos ejemplos que nos han llegado, ya que la inmensa mayoría de ellos han desaparecido o en el mejor de los casos se han alterado por el desarrollo urbano, quedando resquicios de lo existente en huellas como la terminología empleada en el manejo del agua.

En conjunto podemos afirmar, que el norte de los espacios centrales novohispanos a finales del siglo XVI se veía como una frontera a estabilizar. La Gran Chichimeca a la que se refiere Beatriz Braniff (2000) estaba caracterizada por un contexto medioambiental desértico, dependiente de los puntos de suministros de agua, como era el caso de los oasis y de ríos como el Grande-Bravo, Nazas o Nadadores, que habían visto aprovechar sus aguas de una forma más intensa a partir del siglo XVI (Martínez Saldaña, 2011: 81-112).

La introducción de otros grupos que ya habían asimilado las dinámicas culturales introducidas por los europeos como la agricultura funcionó como medio para estabilizar a las poblaciones, y ayudó también la donación de tierras a los mismos como es el caso de Santos Rojo de quien indica Carlos Manuel Valdés, entregó áreas de sus tierras de cultivo con el agua para riego a los tlaxcaltecas (Valdés, 2021: 18-19). Aquí las tradiciones mesoamericanas, junto a la experiencia medieval que se había introducido y aclimatado desde la etapa caribeña jugaron un papel fundamental. Una hibridación que comenzada en las islas se consolidaría en contextos como el mencionado tlaxcalteca, donde los conocimientos de los recién llegados se les sumarían. Como indica Martínez Saldaña: «Para 1591 coexistían dos sistemas agrícolas complejos que abrazan frutas y cultivos europeos, así como americanos en un solo sistema» (2009b: 56).

Ello nos lleva a considerar que los sistemas que pudieron ser transferidos al norte fueron diversos y su llegada escalonada como base cultural de los grupos que

iban acompañando a los españoles. El papel de Saltillo (Martínez Saldaña, 2009a: 337-340) y Parras (Martínez Saldaña, 2009a: 347-349) fue destacado, ya que ellos recibieron esa transferencia, convirtiéndose ambas en centros desde los que técnicos hortelanos se formaron y dispersaron sobre una base cultural tlaxcalteca (Martínez Saldaña, 1997). Destaca en ese sentido la puesta en explotación de terrenos con riego ocasional basados como señala Martínez Saldaña en avenidas puntuales donde se ha derivado esa cantidad de líquido mediante bordos y retenes para aprovechar esa presencia puntual. A ellos se deben añadir los sistemas de huerto temporal allí donde hubo influencia mesoamericana y en la que los huertos secos de magueyes se reconocen por que el sistema recuerda el de riego que empleaba una barrera protectora del viento y de la sequedad ambiental. En ellos se sembraban árboles seleccionados del desierto y se aprovechaba su fruta de temporada. Dentro de él existe casi siempre un pequeño espacio irrigado que aprovecha un pequeño manantial o pozo (Martínez Saldaña, 2009b: 57).

Una difusión de los modelos de explotación que tiene en las ciudades del norte puntos de difusión a lo que contribuyó la siempre presencia de colonos con conocimientos en la gestión y manejo del agua que habían sido llevados por frailes, gobernadores, obispos o capitanes que contrataban a familias de agricultores que diseñaban, construían y manejaban, acequias, canales y presas para garantizar la subsistencia de los grupos (Martínez Saldaña, 2009b: 58). De ahí la importancia de los citados núcleos de Saltillo y San Esteban ya que desde ellos se repitieron el modelo de cultivo en otros contextos como Nuevo León, Nuevo México o Texas.

En el caso de los modelos tlaxcaltecas de riego, sus antecedentes en el centro de México explicarían los recursos con los que contaron y sus posibilidades (Martínez Saldaña, 1997). Dichos orígenes hablan de una sabia respuesta a las distintas necesidades que requerían de una adaptación según fueran las características de los terrenos y los cultivos que debían emplear. En el caso de los sistemas tlaxcaltecas, las modalidades identificadas hablan de una tecnología muy avanzada y refinada y que se puede analizar en poblaciones como Parras. Sistemas de vegas, de huertos, apantles, metlepantles, sistemas de terrazas y galerías filtrantes o fogaras, serían los que se acabarían implantando en Coahuila (Martínez Saldaña, 2009b: 158-168).

## VI. EL CASO DE COAHUILA

No es hasta el último cuarto del siglo XVI cuando tenemos que situar el establecimiento de enclaves permanentes en el norte aunque la presencia de contingentes europeos se tiene atestiguada desde mediados de la centuria con entradas desde la costa del golfo a través del litoral de Tamaulipas, cuyo objetivo fue el de hacerse con miembros de las poblaciones indígenas del norte, y que conformaron uno de los primeros ejemplos de esclavitud que se tiene registrado en Nueva España, a partir

del establecimiento de corredores no controlados por la Corona y lejos del entorno de Veracruz (Valdés, 2017). En cualquier caso, entender el asentamiento estable en estos territorios es tener presente la dinámica fundacional de Saltillo, sobre todo en cuanto a principios de localización y grupos humanos integrantes en los que judíos, vascos, asturianos y extremeños junto a tlaxcaltecas e incluso americanos, conformaron una realidad reflejo de una concatenación de procesos de larga trayectoria como es el caso de las consecuencias de la llegada al trono de Felipe II y la expulsión de la comunidad judía de sus territorios (Valdés, 2003: 19-67). A ello hemos de sumar una variedad de grupos que poblaban estas tierras con prácticas cazadoras-recolectoras que se integran dentro de las características generales de las poblaciones del septentrión (Valdés *et al.*, 2015; Bernabéu, 2000 y 2009).

En el caso de los que denominamos principios de localización, la abundancia de agua con la que contaban algunos enclaves de lo que sería el estado de Coahuila, facilitó si cabe la puesta en explotación de tierras a partir del aprovechamiento de los aguajes y la disposición de sistemas de riego, circunstancia que ocurre en Saltillo o Parras, modelos ambos de aprovechamiento y manejo hidráulico. A ello se debe sumar la continuidad de los procesos, como fue el caso del marquesado de Aguayo, que propició e impulsó el uso de los sistemas de riego tradicionales, en este caso a través de los que las familias canarias importaron en el siglo XVIII al establecerse en San Antonio, Texas, y en los que las tradiciones medievales islámicas conformaban un núcleo importante (Morfi, 2010; Curiel, 2016).

La expansión al norte de grupos como los mencionados tlaxcaltecas, es un elemento fundamental para entender la presencia agrícola e hidráulica en el norte como ya hemos señalado. Las familias que llegaron desde Zacatecas guiadas por Francisco de Urdiñola, quien los invitó a poblar las ricas tierras en las que se había asentado la ciudad de Saltillo, y originarios del antiguo señorío tlaxcalteca de Tizatlán, explica la fundación del pueblo de San Esteban de la Nueva Tlaxcala a finales del siglo XVI. Ello hará de este grupo y de su herencia un elemento fundamental ya que los sistemas de riego elaborados según su experiencia, extendiéndose a pueblos, haciendas y misiones, hará que el contexto saltillense, la ribera del río Nazas, la misma Texas y la zona Lagunera, fueran algunos de los ámbitos donde fundaron poblaciones (Alessio Robles, 1978). Los tlaxcaltecas se harían gracias a ese conocimiento del manejo del agua y con su experiencia exitosa en San Esteban, promotores de la colonización del desierto, alzándolo en un protagonista más para comprender todo el proceso de ocupación que conoció a partir de su contraposición con los espacios urbanizados y por lo tanto civilizados (Tomé, 2012: 47-66).

No será hasta un siglo más tarde cuando encontremos un punto de inflexión tras las fundaciones de San Esteban y Santa María de las Parras con las de Bustamante, antiguo San Miguel Aguayo en 1698 y en 1701, San Francisco de la Candela y el pueblo de la Punta de Lampazos. Ya en el siglo XVIII se establecerían los

tlaxcaltecas en Nadadores, en Coahuila, y en San Juan del Carizal en el Valle de Pesquería para 1715. Algunas de esas localizaciones tenían también la función de corregir los desmanes de los ganaderos, cuya presencia se reconoce en el origen de procesos de deterioro ambiental como es el caso de la desertificación del Valle del Mezquital, siendo referentes la Purificación, la Concepción y Nuestra Señora de Guadalupe. Tres enclaves que fungieron como conexión ente San Esteban de la nueva Tlaxcala y Monterrey y de los que solo ha llegado a la actualidad el de Nuestra Señora de Guadalupe. Por último, la fundación de Monclova replicó a la de Saltillo, donde también se contó con el esquema de distribución de cuatro ámbitos de regadío correspondientes a los cuatro barrios que aparecen, San Miguel de Luna, Santiago de la Monclova, Nuestra Señora de Guadalupe de Extremadura. Todos ellos conforman la actual población.

En el caso de San Esteban de la Nueva Tlaxcala el origen del sistema implantado es doble. Por un lado, la tradición prehispánica de anego se conjugó con la del sistema de riego intensivo, de origen valenciano. De ahí podemos decir que se derivaron sistemas de huerto de vega de río, de manejo de metlepantles (franjas irrigadas sembradas en las orillas con magueyes y árboles frutales y apantles), que se conjugaron en San Esteban por tener la fuente más abundante de agua y por la potencialidad de las tierras que se pusieron a disposición de los colonos.

San Esteban definió en dos kilómetros cuadrados, doscientas hectáreas de un complejo hidráulico rodeado de una masa vegetal autóctona del norte conformada por palmas, nogales, huisaches, mezquites entre otras especies (Martínez Saldaña, 2009b: 59). La complejidad del sistema se entiende a la hora de comprobar la subdivisión interna de ese espacio en el que se mantiene la estructuración prehispánica, con cinco divisiones formadas por la cabecera de san Esteban y otros cuatro barrios donde cada uno dividía a su vez su propiedad con barreras de árboles frutales. No queda claro si en San Esteban se utilizó el sistema mesoamericano o el valenciano, pero lo que si se aprovechó fue el manejo compacto del sistema hidráulico que permitía la formación de un microclima y de diversas melgas cultivadas intensivamente y separadas por acequias y canales (Martínez Saldaña, 2009: 59).

Imagen 4. Aguaje  
México.

En el caso  
nuevo en un  
que se refleja  
que es una de  
transferencia  
empleando d  
en la captaci  
sistema de a  
de abastecim

Un reco  
que la gestió  
zona. La rec  
enclaves cor  
extensible a  
que fue en  
el siglo XV



**Imagen 4.** Aguajes que abastecieron a la misión del Dulce Nombre de Jesús del Valle de Peyotes. Coahuila. México.

En el caso de Santa María de las Parras, fundada en 1598, se convierte de nuevo en un modelo de población en la que el mestizaje mesoamericano y europeo se refleja en la relación de los nuevos colonos, entre ellos los tlaxcaltecas. La que es una de las primeras fundaciones de este grupo en el septentrión, conoció la transferencia de los modelos de San Esteba de Nueva Tlaxcala donde ya se venían empleando desde siete años antes. En este caso, el sistema de riego se sustentaba en la captación y recogida del agua en pequeños estanques desde los que partían el sistema de acequias. A ellos se sumarían las galerías que solventarían el problema de abastecimiento de la población tras la muerte de Francisco de Urdiñola.

Un recorrido por el estado actual de Coahuila, pone de relieve la importancia que la gestión del uso del agua tuvo desde el inicio de la presencia europea en la zona. La reconocida abundancia de agua en la región, constatable actualmente en enclaves como Parras, donde incluso se mantienen algunos sistemas hidráulicos, es extensible a otros contextos en los que actualmente es más difícil percibirlo, pero que fue en última instancia la causa de la elección como lugar de poblamiento desde el siglo XVI.

Todavía son algunos los ámbitos que permiten entender la importancia que tuvo el agua para el poblamiento de esta región. Saltillo, Parras, el presidio de San Pedro de Ggedo, Bustamante en Nuevo León o la misma Saltillo ejemplifican la fuerza de voluntad de unos grupos que se adentraron en el septentrión novohispano con excusas políticas, religiosas y económicas para conformar un paisaje que heredaba del prehispánico una simbología que aún se puede apreciar en poblaciones como Bustamante, donde se pueden

## VII. CONCLUSIONES

En la actualidad aún se puede rastrear de lo que fue la innovación tecnológica en el manejo del agua en el norte de México a partir del siglo XVI. Sí podemos considerar como más clara la huella que ello dejó a través de la agricultura mestiza que se fue conformando a partir de la integración de experiencias americanas y europeas. En el caso de Coahuila y específicamente de Saltillo, como señala Martínez Saldaña: «En Saltillo no queda rastro de usos de la tuna y por el contrario la nuez se ha vuelto dominante en el curado de vinos y en la producción de dulces. En San Esteban se introdujo la fruticultura mesoamericana como el tejocote, el capulín, el aguacate, habiendo desaparecido el zapote, el chico zapote y algunas otras variedades llevadas desde el centro de México».

No obstante, existen poblaciones en las que la tradición en el manejo del agua persiste a pesar de los avatares del desarrollo urbano que ha ido eliminando los restos de este tipo de huellas culturales. En el caso de Parras, aún se puede percibir la importancia del agua a partir de la presencia de unas infraestructuras de almacenamiento y las acequias; a ello se suma como señalábamos el sistema de galerías subterráneas que aún aprovechan el agua de los mantos freáticos. Bustamante en el vecino Nuevo León, mantiene los componentes simbólicos del altépetl prehispánico, y términos como dula, aún se escuchan como término relativo al turno de agua que había que guardar para regar las tierras.

En definitiva, técnicas de manejo que se hace imprescindible recuperar en un momento acuciante de soluciones ante episodios de sequía y desabastecimiento cada vez más frecuentes y que están llevando a mirar en el pasado formas respetuosas de relacionarse con el medio.

## VIII. BIBLIOGRAFÍA

- ALESSIO ROBLES, Vito, Coahuila y Texas en la época colonial, México, Porrúa, 1978.
- BRANIFF, Beatriz (coord.). La Gran Chichimeca. El lugar de las Rocas Secas, México, Conaculta, 2000.
- BERNABÉU Albert, Salvador (Ed.). El septentrión novohispano: ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera. Madrid: CSIC, 2000.

ANÓNIMO Y...  
 BERNABÉU ALBERT...  
 Norte México...  
 Pobladores...  
 Sevilla, CSIC...  
 BRODA, Johanna...  
 Montero, Ar...  
 saje ritual, M...  
 ciones Histó...  
 CURIEL DEFOSSÉ, C...  
 tierra de mis...  
 te novohispa...  
 Morfi. 1673-...  
 FERNÁNDEZ CHRIST...  
 BRANO, Ánge...  
 saje en el alt...  
 UNAM-FCE...  
 GLUCK, Thomas F...  
 jo mundo d...  
 San Antonio...  
 dad, 2010.  
 GÓMEZ CANEDO, L...  
 quista. Exper...  
 noamérica, M...  
 JIMÉNEZ, Alfredo...  
 imperial en la...  
 Madrid, Téba...  
 MARTÍN GABALD...  
 tig, Huemac...  
 Impacto am...  
 España dura...  
 UNAM, 202...  
 MARTÍNEZ SALDAÑ...  
 calteca. La h...  
 sión mesoam...  
 Tlaxcala, E...  
 Estado, 1997...  
 El riego en e...  
 hidráulica ag...  
 co y suroeste...  
 Palerm Viqu...  
 daña, Tomá...

- BERNABÉU ALBERT, Salvador (Coord.), *El Gran Norte Mexicano. Indios, misioneros y pobladores entre el mito y la historia*, Sevilla, CSIC, 2009.
- BRODA, Johanna; Iwaniszewski, Stanislaw; Montero, Arturo, *La montaña en el paisaje ritual*, México, Escuela de Investigaciones Históricas-ENAH, 2 reimp., 2009.
- CURIEL DEFOSSÉ, Guadalupe, *Tierra incógnita, tierra de misiones y presidios. El noroeste novohispano según fray Juan Agustín Morfi. 1673-1779*, México, UNAM, 2016.
- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Federico; GARCÍA ZAMBRANO, Ángel Julián, *Territorialidad y paisaje en el altépetl del siglo XVI*, México, UNAM-FCE, 1.ª ed., 2006.
- GLICK, Thomas F., *Los antecedentes en el viejo mundo del sistema de irrigación de San Antonio, Texas*, Granada, Universidad, 2010.
- GÓMEZ CANEDO, Lino, *Evangelización y Conquista. Experiencia franciscana en Hispanoamérica*, México, Porrúa, 2.ª ed., 1988.
- JIMÉNEZ, Alfredo, *El Gran Norte. Una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Tébar, 2006.
- MARTÍN GABALDÓN, Marta; Escalona Lütig, Huemac; Güereca Durán, Raquel, *Impacto ambiental y paisaje en Nueva España durante el siglo XVI*, México, UNAM, 2021.
- MARTÍNEZ SALDAÑA, Tomás, *La diáspora tlaxcalteca. La historia agrícola de la expansión mesoamericana al norte de México*, Tlaxcala, Ediciones del Gobierno del Estado, 1997.
- *El riego en el árido norteño. La herencia hidráulica agrícola en el norte de México y suroeste de los Estados Unidos*, en Palerm Viqueira, Jacinta; Martínez Saldaña, Tomás. *Aventuras con el agua. La administración del agua de riego: Historia y teoría*, 1.ª ed., 2009a, pp. 329-362.
- MARTÍNEZ SALDAÑA, Tomás, (ed.), *Riegos ancestrales en Iberoamérica. Técnicas y organización social del pequeño riego*, México, COLPOS-Mundi Prensa, 2009b, p. 55.
- *La cultura del agua en la cuenca del río Bravo*, en Rutsch, Mechthild; González Jácome, Alba (coords.), *Culturas y políticas del agua en México y un caso del Mediterráneo. Una mirada desde la Antropología*, México, INAH-Universidad Iberoamericana, 2011, pp. 81-112.
- MORFI, Fray Juan Agustín, *Relación geográfica e histórica de la provincia de Texas o Nueva Filipinas: 1673-1779*, México, CONACULTA, 2010.
- OSANTE, Patricia, *Poblar el septentrion I. Las ideas y propuestas del marqués de Altamira 1742-1753*, México, UNAM-Instituto Tamaluipeco para la Cultura y las Artes, 2012.
- PALERM VIQUEIRA, Jacinta; MARTÍNEZ SALDAÑA, Tomás. *Aventuras con el agua. La administración del agua de riego: Historia y teoría*, 1.ª ed., 2009.
- PÉREZ GONZÁLEZ, María Luisa, «Los caminos reales de América en la legislación y en la historia», *Anuario de Estudios Americanos*. Tomo LVIII, 1, 2001, pp. 33-60.
- PÉREZ HERRERO, Pedro, «La rearticulación de los mercados americanos ante la presencia extranjera en el siglo XVII (1630-1720)», *Chronica Nova*, 23, 1996, pp. 343-380.
- PIÑEIRA RAMÍREZ, David, *Ocupación y uso del suelo en Baja California. De los grupos aborígenes a la urbanización dependiente*, México, UNAM-INIH-UABC, 1991.
- POWELL, Philip Wayne, *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, FCE, 1977.

- RODRÍGUEZ, Martha; Santoscoy, María Elena; Gutiérrez, Laura Elena; Cepeda, Francisco Javier, *Historia breve de Coahuila*, El Colegio de México-FCE, 3.<sup>a</sup> ed., 2011.
- RODRÍGUEZ CEPEDA, Ana Sofía; Sorroche Cuerva, Miguel Ángel (eds.), *El camino Real de Coahuila a Texas. Patrimonio cultural compartido*, México, Universidad Autónoma de Coahuila, 1.<sup>a</sup> ed., 2016.
- SALVUCCI, Richard. *Textiles y capitalismo en México. Una historia de los obrajes 1539-1840*, México, Alianza, 1992.
- SERRERA, Ramón María, *El modelo de organización y administración del espacio colonial en el Nuevo Mundo*, Sevilla, Fundación Corporación Tecnológica de Andalucía, 2009.
- SILVA PÉREZ, Rocío, «Agricultura, paisaje y patrimonio territorial. Los paisajes de la agricultura vistos como patrimonio», *Boletín de la A.G.E.*, 49, 2009, pp. 309-334.
- SOLANO, Francisco de, *Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios*, Madrid, CSIC, 1990.
- Tomé Martín, Pedro, El desierto como categoría colonial, en Fábregas Puig, Andrés; Nájera Espinoza, Mario Alberto; González Pérez, Cándido, *Transversalidad y paisajes culturales. Seminario Permanente de Estudios de la Gran Chichimeca*, México, el Olegio de jalisco, 2012, pp. 47-66.
- VALDÉS, Carlos Manuel; AMEZCUA, Mónica Samantha; RODRÍGUEZ GARZA, Rufino; REYNA, Miguel Ángel, *Atlas de los indios de Coahuila*, Saltillo, Gobierno Municipal e Instituto Municipal de Cultura, 2015.
- VALDÉS, Carlos Manuel, *Los bárbaros, el rey y la iglesia. Los nómadas del noreste novohispano frente al estado español*, Saltillo, Universidad Autónoma de Coahuila, 2017.
- Valdés, Carlos Manuel, *Ensayos de historias nordestinas*, México, Coahuila, Alejandro Beltrán, 2021.
- WATSON, Andrew, M., *Las innovaciones en la agricultura en los primeros tiempos del mundo islámico*, Granada, Universidad, 1998.
- WEBER, David, J., *La frontera española en América del Norte*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

PROCESOS Y E  
ALIMENTARIA

Instituto  
Dpto. Cien

INTRODUCCIÓN

Cada vez m  
municipal—, se e  
que, sin tener que  
o estatales—, abo  
rentabilidad de su  
no son generaliza  
incorporar en sus  
de cara a plantea  
alimentos; estrate  
más locales y más  
consumo responsa  
base social en la q  
desde los gobiern  
efectiva política  
estas políticas pú  
sociedad civil org  
alternativo» (Holt  
la agricultura (ag  
responsable y el d  
En este sentid  
impulso internaci  
mentaria Ur